

## PRIMERA PARTE

### CAMBIO DE LA HUMANIDAD EN HUMANISMO

---

#### CONFERENCIA PRIMERA

##### LA CORRUPCIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA

1. El corazón es el testigo más irrecusable de la perversidad humana.—Si hay una falta que merezca ser disculpada, aunque constituyendo siempre falta y dañando singularmente al objeto amado, es el amor excesivo de la madre hacia el niño que llevó en sus entrañas. Á toda madre parece su hijo hermoso, dice á manera de excusa y de censura juntamente el buen sentido popular.

Ciertamente, el amor maternal es con mucha frecuencia apasionado y ciego; pero ¿puede llegar al punto de que una madre crea perfecto á su hijo? ¿Hay madre alguna que no desee con todo su corazón un hijo tal como el poeta excesivamente adulado de las *Armonías* se describe á sí mismo? Y ¿hay una madre digna de este nombre, por su vigilancia y por la educación que da á sus hijos, capaz de creer seriamente en la existencia de un hijo tal como el poeta se presenta á nuestros ojos? «De hermosa figura, dice Lamartine hablando de sí mismo con esa gárrula complacencia personal que parece haber aprendido de Marco Aurelio, de excelente corazón, de excelente carácter, la vida había escrito felicidad, fuerza y salud en todo mi ser. <sup>(1)</sup> Mi madre sólo me pedía que fuese verídico y bueno; mi alma, que sólo respiraba bondad, no podía producir

(1) Lamartine, *Les Confidences*, 4, 6.



otra cosa. Jamás había luchado ni conmigo mismo ni con nadie». <sup>(1)</sup>

Posible es que fuese tal la convicción personal del poeta, y sería una prueba más de la ceguera que en el hombre produce el amor propio; pero seguro es que nadie si no él pensó ni habló así de Lamartine; ¡no! nadie, su madre menos que otro alguno; porque si alguien hay competente para atestiguar con toda certidumbre que tal niño no es posible, que ningún niño hay en semejante estado de perfección, es ante todo la madre.

**2. La doctrina de la integridad de la naturaleza humana.**—Los hombres que saben tener en cuenta la vida no toman en serio aquellas palabras; pero así como hay quienes gozan escuchando discursos ociosos, también se encuentran personas que se complacen en referirse á ellos, si no por convicción, á lo menos para alcanzar sus fines. ¿Qué no habría dado Rousseau, si, en vez del niño imaginado por él, hubiese podido presentar como ejemplo viviente al hijo del gentilhombre de Milly? Qué prueba habría sido á favor del principio funesto con que trazó la senda á la educación moderna, es decir, á favor de aquellas palabras, justas en parte, dichas por un cristiano, pero completamente falsas tal como las entendía Rousseau: todo lo que sale de las manos del Creador es bueno, pero degenera tan pronto como cae en manos del hombre; no hay, pues, perversidad primitiva en el hombre; no hay en el corazón un solo vicio del cual no se pueda indicar la vía por donde se introdujo. <sup>(1)</sup>

Sin ninguna exageración se puede llamar este principio el punto de partida de todas las tendencias que, en conjunto, forman lo que se denomina Humanismo. Sobre él juran los representantes de la escuela moderna, en él cobran sin cesar nuevo valor para luchar contra los principios cristianos de educación, y él representa la moderna filosofía cuando ésta no es presa del pesimismo. Con Fichte

(1) *Ibid.*, 4, 7.

(2) Rousseau, *Emile*, l. 1, *introd.* (*Œuvres*, 1791, X, 19); l. 2, p. 189.

pretende que es superficial y falso creer que el niño nace con egoísmo, y que el objeto de la educación debe ser suministrarle fuerzas morales. <sup>(1)</sup> Al mismo principio rinde homenaje toda la literatura en cuyo nombre hace Jacobi esta profesión de fe: «La esencia de la naturaleza es la inocencia. Si escuchásemos lo que murmura á nuestro oído nos encontraríamos tan bien como el que mejor en la tierra». <sup>(2)</sup> Y es curioso que los educadores de los pueblos y los directores del mundo lo confiesan ellos mismos.

Se cuenta del anciano Palmerston, hombre á quien los principios no estorbaron nunca, que el único principio en que jamás vaciló fué el de que los niños nacen buenos.

Nada tiene de nuevo este error. En los tiempos de la filosofía griega, Heráclito, <sup>(3)</sup> Speucippo <sup>(4)</sup> y Polemon <sup>(5)</sup> expusieron ya la doctrina de que para llegar á la perfección humana hay que vivir conforme á la naturaleza. Esta enseñanza, como dice muy bien Lactancio, <sup>(6)</sup> parece desde luego tan indigna del hombre y tan conforme á la condición del animal, que debería creerse inevitable la rebelión de la humanidad contra ella; pero, precisamente por lo que hay de animal en el hombre, agrada á éste, que se cree superior á todo y sólo busca su satisfacción; no es difícil de comprender por lo tanto que semejante doctrina haya conseguido tantos partidarios.

Zenón, el fundador de la escuela estoica, la recibió de los antiguos, y sus discípulos la propagaron. <sup>(7)</sup> La escuela neo-platónica da de este principio un concepto, que, para agrandar al hombre, habla en términos aún más claros y lisonjeros. Nuestro más alto deber, dice, es vivir conforme á las disposiciones del hombre. <sup>(8)</sup> No aportamos el mal

(1) J. G. Fichte, 10, *Rede an die deutsche Nation* (G. W., VII, 414).

(2) Biedermann, *Deutschland in XVIII Jahrhundert*, II, 2, 216.

(3) Stobæus, *Floril.*, 3, 84. Mullach, *Fragm. philos. Græc.*, I, 322, 56.

(4) Clemens Alex., *Strom.*, 2, 22, 133.

(5) Cicero, *Academ. qu.*, 2, (4), 42, 131.

(6) Lactant., *Instit.*, 3, 8.

(7) Clemens Al., *Strom.*, 2, 19, 101: 5, 14, 95. Diogenes Laert., 7, 87. Lactant., *Instit.*, 3, 7, 8.

(8) Clemens Al., *Strom.*, 2, 21, 126. Marco Aurelio, 7, 55; 10, 33.



cuando nacemos; la naturaleza nos ha **creado** libres y puros. Si encontramos en nosotros mal, **somos** nosotros mismos quienes le hemos puesto. <sup>(1)</sup> En este **punto** el hombre está, pues, al nivel de la divinidad. <sup>(2)</sup> La conclusión que se impone es que la virtud y la **conformidad** con la naturaleza son cosas idénticas, y que en el **fondo** es lo que hay más fácil en el mundo. <sup>(3)</sup> Los estoicos **dedujeron** también esta conclusión.

Según su filósofo más elocuente, Cicerón, <sup>(4)</sup> el antiguo mundo impidió al moderno sustraerse al **efecto** de esas palabras seductoras; en todo tiempo los **humanistas** han encontrado en ellas la expresión más **exacta** de su manera de concebir nuestra tarea moral. El **escolar** que trabaja para conseguir una formación clásica **repite** ese principio hasta que le incrusta en su carne y en su **sangre** como una verdad elemental é irrefutable. No es, **por** lo tanto, sorprendente que se asombren los sabios **cuando** alguno se atreve á manifestar su extrañeza.

Del espíritu de ese concepto estoico y **humanista** de la naturaleza surgió, en los tiempos ya del **Cristianismo**, uno de los más peligrosos errores, el de los **Pelagianos**. La naturaleza, decían éstos, <sup>(5)</sup> se basta **completamente** á sí misma para evitar el mal y hacer el bien. <sup>(6)</sup> Toda vez que es buena en sí misma no necesita ni **auxilio** ni mejoramiento. <sup>(7)</sup> Se puede vivir exento de la más **pequeña** falta aun estando reducido á sus propias fuerzas. <sup>(8)</sup> Todo lo cual no es otra cosa que lo dicho por los Estoicos. Ni unos ni otros tienen nada que reprochar á la **naturaleza**; en el fondo, nada hay más fácil que la virtud.

(1) Séneca, *Ep.*, 94, 55.

(2) Séneca, *Ep.*, 59, 14; 92, 30; 116, 8.

(3) Séneca, *Ep.*, 41, 9; *Vita beata*, 8, 2, 6.

(4) Ciceró, *Offic.*, 1, 28, 100. Cf. Missirini, *La sapienza morale degli antichi filosofi*, 70-73.

(5) Hieronymus, *Ep. ad Ctesiphontem. Vall.*, 133, 1; *In Jeremiam lib. 4, prolong.* August., *Sermo*, 156, 7, 10.

(6) *Synod. Carthagin.*, 416 (Augustin, *Ep.*, 175, 6).

(7) Agustín, *Op. imperf.*, 3, 144, 145, 162.

(8) Agustín, *Ep.*, 179, 8; *De natura et gratia*, 37, 44; 59, 69.

Resulta, pues, que la glorificación de la naturaleza tan cara á nuestra época no es una invención singular, ni siquiera una gloria especial que se deba atribuir exclusivamente á los tiempos modernos; se la conocía ya mucho antes del Renacimiento, y sus progenitores no son precisamente los hombres de la civilización moderna. Si llega á caer algún día la gran muralla con que los chinos se aislaron del resto de la humanidad, será tal vez mucho el asombro en aquel Imperio viendo como los rudos bárbaros de Occidente pudieron crear exactamente la misma sabiduría que siglos antes inventaron ellos. Pero nuestros sabios se asombrarán acaso también á su vez cuando encuentren que esa manera de concebir la vida, en lo cual saldan un triunfo del progreso moderno, es desde hace largo tiempo propia de un pueblo, cuyo nombre pronuncian ellos con lástima é iniciando una burlona sonrisa. Para los chinos la vida es un mar terso como un cristal, rizado á lo sumo por ligeras ondas. La naturaleza humana, dicen los sabios chinos, no necesita hacerse perfecta; lo es ya originariamente. La virtud constituye la esencia del hombre. Todos los hombres son esencialmente buenos en virtud de su naturaleza; brotan de esta sin violencia, sin premeditación y sin esfuerzo alguno la virtud y la piedad; por lo tanto no son para el hombre ni siquiera un mérito. En una palabra, la virtud obra por sí misma; su ideal no se encuentra en las regiones sobrehumanas; cada cual puede practicarla. La vía y la puerta que á ella conducen son espaciosas, y muchos los que la alcanzaron. La virtud es lo más fácil y agradable que existe; el pecado no es más que una escepción rarísima. <sup>(1)</sup>

**3. La perversidad moral como consecuencia de esta doctrina.**—Nos consideramos en cierto modo obligados á tener agradecimiento á los chinos por ese concepto de la vida. Si hubiésemos buscado los panegiristas de la buena naturaleza y los predicadores de la virtud conforme á la naturaleza llamada fácil tan sólo entre los humanistas eu-

(1) Wuttke, *Geschichte des Heidenthums*, II, 41, 63, 122, 124 y sig.



ropeos, habríamos suscitado una verdadera tempestad; habría sido tal la indignación que apenas se nos hubiera permitido hablar; y no se habrían escuchado nuestros razonamientos si hubiéramos pretendido que tal concepto despoja al hombre de todo impulso hacia el ideal, que le hace prosaico, le paraliza, le convierte en un ser vulgar. Pero tenemos así la ventaja de poder mostrar, con un ejemplo vivo é histórico, á donde llega una tendencia de espíritu, cuyo punto de partida es la canonización de la naturaleza, y qué efectos produce en el hombre cuando se realiza lógicamente.

En la aplicación de sus principios nuestro moderno Humanismo es siempre demasiado inconsecuente para que podamos refutarle enteramente por sus propios frutos; los chinos, por el contrario, prosiguieron con fidelidad y constancia hasta sus aplicaciones últimas su concepto de la bondad de la naturaleza.

En cuanto á esto, sólo tiene el Occidente un hombre que haya seguido la misma regla de conducta, pero un hombre que puede ser llamado la más perfecta encarnación de la naturaleza china, Marco Aurelio; no sin razón ha sido el filósofo favorito del Humanismo. Pero en nuestro sentir, el género de optimismo que representa es mucho más intolerable y mucho más estéril que el pesimismo en su forma más desoladora. Esta manera de considerar la vida que en nuestros días se cultiva con tan lamentable predilección, resulta bastante desagradable. Difícil es tratar á hombres que sistemáticamente nada encuentran bien, que en todo quieren corregir algo, y que, sin embargo, nada corrigen; pero son más intolerables aquéllos á quienes todo parece bueno, que todo lo alaban, están contentos de todo, suceda lo que quiera; los que, como Marco Aurelio, sólo conocen una regla de vida: dejar que suceda lo que deba suceder; <sup>(1)</sup> lo que de hecho existe, bien está. <sup>(2)</sup>

(1) Marco Aurelio, 3, 6.

(2) *Ibid.*, 4, 10.

El pesimismo tiene á lo menos un resto de amor á la verdad; pero la deificación de la naturaleza que constituye el fondo del optimismo, no solamente mata el deseo de la actividad, sino que acaba forzosamente por ahogar en germen la fe en la posibilidad de un mejoramiento, y por condenar toda aspiración á éste, considerándolo como una usurpación. ¿Quién no conoce esas almas áridas que no sienten necesidad de renovaciones, incapaces de comprender repetidos llamamientos á mejorar, y que son una dificultad á toda reforma y á todo entusiasmo? Ninguna idea tienen del progreso ni de la perfección, sabiendo sólo, demasiado bien, matarla en los demás. No teniendo conciencia de su miseria, ni os agradecen que os acerquéis para pedirles que se levanten ú ofrecerles vuestro auxilio; por el contrario, están siempre dispuestos á demostrar que se les ofende con hablarles de la necesidad de un cambio.

En esto se echará de ver lo que puede esperarse de una vida concebida así, de conformidad con la naturaleza. Si se quiere hacer pasar por buena una naturaleza que de hecho está corrompida; si por sistema dejamos propagar sin querer ennoblecerle un germen que no es malo, pero que en realidad está profundamente alterado, el resultado no puede ser otro que un retroceso á la naturaleza salvaje. La triste experiencia que de ello tenemos cien veces al día, nos dispensa de dar las pruebas. Sin embargo, Lamartine nos suministra un nuevo testimonio: nada tenía que reprochar á la naturaleza, y vivía en paz, siendo la suya maravillosa. Y ¿cuál fué el resultado? Hablando de su vida en París, que empezó á los quince años: «Nada escribo, dice, acerca de estos tres años que pasé en todas las frivolidades, en todas las distracciones, en todos los desórdenes de una juventud inactiva. Son años que no dejan á la edad madura más que humillaciones y penas, años de que se querría evitar el amargo recuerdo, años que despiertan en nosotros el deseo de poder olvidarlos». <sup>(1)</sup>

#### 4. La bondad de la naturaleza como excusa á to-

(1) Lamartine, *Les Confidences*, VI, 7.



dos los extravíos.—Y ¿cuál es la causa de que esta planta humana produzca tan amargos frutos? Son, dice Lamartine, el tiempo, la educación, las faltas, los hombres, las penas. Verdaderamente son muchos los culpables; pero ¿no hay más todavía? Hay otro aún, añade tímidamente, y soy yo mismo. <sup>(1)</sup> Sólo no puede ser acusada la naturaleza; á ella nada hay que reprocharle; es siempre la pura, la santa naturaleza.

Materia es que se presta á reflexionar. Es muy extraño y hace nacer una involuntaria sospecha, el ver á alguien lanzar acusaciones contra todo, hacerse responsable de parte de la falta, y querer suprimir así, á costa de sacrificios personales, toda responsabilidad de la naturaleza. ¿Sería tal vez esa naturaleza tan acariciada, el escudo con que el pobre condenado querría ponerse á cubierto de todo reproche, á pesar de las acusaciones personales que oye? Verdaderamente no podría ser de otro modo. No hace más que obedecer á la naturaleza; ¿puede acaso hacer cosa mejor? Además ¿podría hacer otra cosa? Así precisamente es como el sabio estoico no teme rebajarse á toda suerte de horrores; sin embargo, en cuanto le concierne á él, se liasonjea de permanecer como un dios, en una sublimidad y pureza inalterables. No hace más que obedecer á su naturaleza; en este santuario íntimo, el pecado no le alcanza, cualesquiera que sean los crímenes que cometa. <sup>(2)</sup>

Si no estuviésemos habituados á devorar las obras literarias sin darnos cuenta exacta de las ideas que en ellas adquirimos, recordaríamos tal vez en este momento haber encontrado á menudo aquella sentencia; se la halla en toda nuestra literatura dramática y novelesca, siendo imposible comprender toda la gravedad del mal causado por esas continuas apelaciones á la naturaleza, y el daño que hace á las ideas de decoro, de moral, de deber y de responsabilidad.

Las funestas *églogas* de los siglos XVII y XVIII, de

(1) *Ibid.*, IV, 6.

(2) Plutarco, *Stoic. repug.*, 22, 1. Sexto Empir., *Math.*, 11, 191, 192, Diógenes Laert., 7, 188.

que en otra ocasión hablaremos, no eran ya nada más que una delicada tentativa para poner la relajación de la vida al amparo de la verdadera naturaleza. Pero desde el reinado de Luis XV, cuanto más se acentuó la corrupción de costumbres, menos reparo hubo en predicar la doctrina criminal de que el mal es un derecho de la naturaleza, ó mejor aún, que no hay mal ninguno, porque el hombre no hace más que obedecer á la santa naturaleza. Apareció entonces esa obra perversa de Prevost, *Manon Lescaut*, en que se encuentra practicado el principio de que el hombre, aun en el vicio, no hace más que obedecer á la naturaleza, y puede así, no obstante el pecado, conservar una naturaleza noble.

Es la moral que Víctor Hugo ha presentado en *Marion Delorme*, Alejandro Dumas en la *Dama de las Camelias*, pero especialmente Dostojewskij y Ola Hansson, el primero en *Raskolnikow* y el segundo en sus *Parias*.

El éxito obtenido por esta moral permite adivinar fácilmente cuán grato es al corazón del hombre este concepto de la humanidad. Rousseau y Goethe fueron los primeros en hacer de ella la inspiración directriz de la literatura. Dice el primero en sus *Confesiones*, que es perfectamente posible ser injusto y malo en las acciones sin dejar por eso de ser justo y bueno en el alma. <sup>(1)</sup> Como prueba de ello escribió la *Nueva Eloisa* y Goethe el *Werther*. En Alemania los menguados espíritus que se nutren con las sobras del maestro han aclimatado de tal modo el principio, que no hay manera de extirparle; y los franceses Balzac, Jorge Sand y especialmente Eugenio Sue le conquistaron el derecho de ciudadanía casi en todo el mundo moderno. Un inocente en medio de todos los vicios, un ángel de corazón apesar de todos los extravíos, he ahí, según la expresión favorita de Balzac, <sup>(2)</sup> el héroe ó el heroísmo de casi todas sus obras, novelas ó dramas. No por necesidad ó arrastra-

(1) Rousseau, *Confessions*, 1. 2 (*Œuvres*, 1793, XXIII, 115).

(2) Julien Schmidt, *Geschichte des französischen Literatur seit der Revolution*, (1) II, 493.